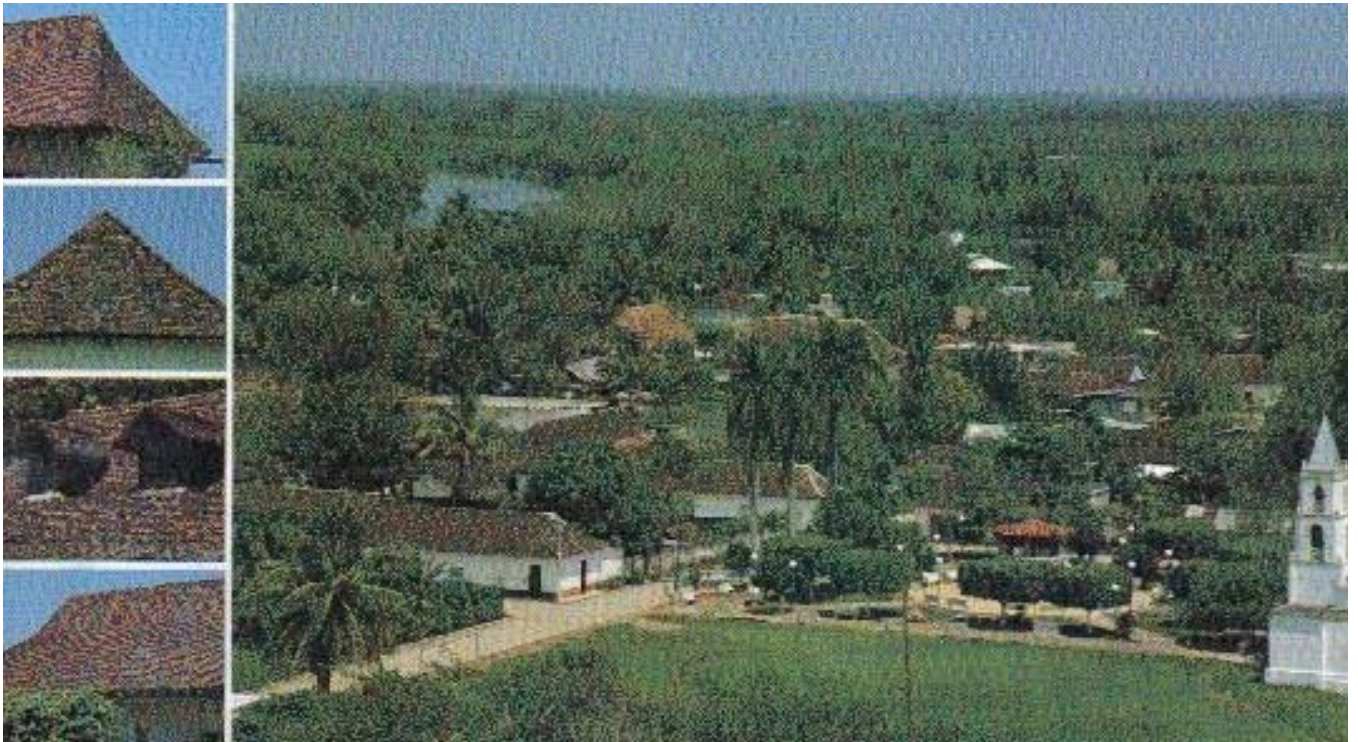


Datos sobre la colonización de **Jicaltepec – San Rafael**

Carlos Ernesto Bernot.



Digitalización efectuada por Gerardo Couturier Reyes
Mayo 2004.

ESTA MODESTA PUBLICACION NO DEBE CONSIDERARSE COMO UNA OBRA LITERARIA SIENDO SIMPLEMENTE UNA RECOPIACION DE DATOS HISTORICOS QUE SOBRE LA COLONIA DE JICALTEPEC-SAN RAFAEL Y UNAS FAMILIAS DE LOS ANTIGUOS COLONOS, NARRO EN FORMA SENCILLA. ESTA PERFECTAMENTE DOCUMENTADA CON HECHOS COMPROBADOS Y VERIDICOS POR LO QUE ESPERO RESULTE INTERESANTE PARA TODA PERSONA QUE DESEE CONOCER LA VERDAD SOBRE LA FUNDACION Y LA HISTORIA DE LA COLONIA DE JICALTEPEC- SAN RAFAEL. LA DEDICO MUY ESPECIALNIENTE A MIS HIJOS Y A TODOS MIS DESCENDIENTES.

CARLOS ERNESTO BERNOT.



**Digitalización efectuada por Gerardo Couturier Reyes
Mayo 2004.**

Capitulo uno.

DATOS CRONOLOGICOS SOBRE LA COLONIA FRANCESA DE JICALTEPEC-SAN RAFAEL

En el año de 1831, un ex-oficial del Ejército Francés, Stephane o Etienne Guénot llegó a México con la idea de fundar una comunidad agrícola.

Desembarcó en Veracruz y desde luego fué atacado por la terrible fiebre amarilla o vómito negro, que entonces imperaba en todas las costas mexicanas. Tuvo que recurrir a los servicios de un médico., y para eso fué llamado el Dr. Juan Luis Chavert, médico francés que estaba al servicio del Gobierno Mexicano, y que casualmente se encontraba en el puerto de Veracruz, donde se dedicaba a estudiar la enfermedad del vómito, y se había especializado en la curación del terrible mal.

En documentos oficiales aparece el nombre del Dr. Chavert, quien desde 1826, por disposición del Ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, se dedicó a trabajos de investigación científica sobre el vómito negro. En 1828 era consultor del cuerpo de Sanidad Militar del Gobierno de México.

El joven colonizador fué atacado con furia por la enfermedad; mucho tiempo luchó con la muerte, que comúnmente era la que resultaba vencedora; pero, en ésta ocasión, gracias a las atenciones del Dr. Chavert, y con la ayuda de Dios, el enfermo recuperó la salud después de una larga convalecencia y quedando ya inmune de la peste del vómito.

Entre el médico y el enfermo brotó una franca y verdadera amistad; éste le confió al doctor sus proyectos de fundar en México una colonia agrícola con campesinos franceses, y para el efecto, deseaba comprar una extensión de tierras en una región conveniente.

Al norte del puerto de Veracruz, cerca de Nautla, el doctor poseía una propiedad en las costas del Golfo. Al saberlo el colonizador, nació en él la idea de ser vecino del Dr. Chavert, y resueltamente, se dirigió al puerto de Nautla y a Jicaltepec donde compró una gran extensión de tierras que lindaban con la propiedad del doctor, por la suma de \$ 800.00. Según historiadores, el señor Guénot las compró a un Sr. Gregorio Montoya, vecino de Jicaltepec.

El nuevo propietario, naturalizado mexicano, regresó a Francia para hacer la propaganda necesaria en la antigua Borgoña, su provincia natal, y buscar los pobladores de la comunidad. No fué una tarea fácil,

arrancar a los campesinos franceses de sus viñedos que poseían y cultivaban de padre a hijos durante tantos años. Sin embargo, el 24 de Abril de 1833, en la ciudad de Dijon, firmó un contrato con los accionistas que había logrado encontrar, y se constituyó la primera sociedad colectiva con las ochenta personas de ambos sexos que Guénot había reunido, las que se obligaban a vivir nueve años en México, con un salario para los hombres de 300 francos al año, y de 175 para las mujeres, aparte del mantenimiento general.

Los ochenta colonos se reunieron en Dijon, atravesaron Francia del Este al Oeste, pasaron por París que la mayoría de ellos no había visto nunca, para embarcar en Le Havre.

En el mes de Septiembre del año de 1833 arribaron a Veracruz, después de setenta días de una penosa travesía, temiendo a la terrible fiebre amarilla y vómito negro. Sin pérdida de tiempo, la comitiva se amontonó en un pequeño barco que la transportó a Nautla, a la embocadura del río del Palmar, a donde llegaron después de muchas dificultades al cabo de seis días.

La mortífera epidemia les seguía de cerca, de tal manera que varios de los migrantes sucumbieron antes de llegar al fin de su largo viaje, sin haber conocido esa tierra de promisión que el jefe de la expedición les había pintado tan feraz y tan rica.

Con la única pequeña embarcación que existía entonces en el mísero puerto de Nautla, se trasladaron los sobrevivientes y sus equipajes hasta Jicaltepec, distante aproximadamente unas cinco leguas río arriba. Emplearon más de un mes en esta última etapa.

Los colonos llegaban a Jicaltepec llenos de optimismo, con la esperanza de ver el fin de sus penalidades; casi todos eran agricultores, hombres robustos, entrenados en las duras faenas del campo, acostumbrados a luchar contra las inclemencias de la naturaleza y las adversidades de aquella época. Pero desde el primer momento se dieron cuenta que nada se había previsto para su instalación provisional.

El pueblo de Jicaltepec era como el puerto de Nautla; se componía de unas cuantas chozas miserables; los techos eran de palma o de tule o de zacate, y unos postes de madera sostenían el techo arriba; y por los lados unas cercas de bambú o de chamalotes; todos amarrados con bejucos; la puerta era de esos mismos materiales; no se conocían allí los clavos ni las bisagras, ni las cerraduras de metal. Una de esas pobres chozas pertenecía a un francés de nombre Hyacinthe Dupieu que vivía allí con dos compañeros suyos, único vestigio de otra colonia francesa fundada anteriormente en Coatzacoalcos, y aniquilada por las enfermedades, el hambre y la miseria.

Los colonos recién llegados a Jicaltepec tuvieron que hacer frente a todos los sufrimientos de la vida salvaje, hasta vivir expuestos a la intemperie, en una región infestada de animales ponzoñosos y de innumerables insectos, con un clima ardiente, y a donde se encontraron con enfermedades completamente desconocidas para ellos, las cuales no se combatían por no haber médicos y carecer de medicinas.

Desde luego protestaron contra el señor Guenot por su falta de previsión en el lugar designado para iniciar los trabajos, no había ni una cabaña; el terreno estaba cubierto de montes vírgenes, no había allí ningún vestigio de civilización.

Algunos se desmoralizaron y regresaron a Francia. Otros se dirigieron a otros lugares del país, Sin embargo la mayor parte de ellos se quedaron en Jicaltepec. haciendo frente valerosamente a tan difícil situación. Se construyeron once, cabañas s para las familias, una muy ancha para los solteros. Una casa para la dirección, y otra para bodega, para almacenar las futuras cosechas.

Se desmontaron dieciséis hectáreas en que se sembró caña de azúcar y una parte para el maíz necesario para la comunidad.

Al mismo tiempo se construyeron unos botes con unos troncos de árboles para comunicar con Nautla y los cuatro ranchos que sólo existían en todo el curso inferior del río.

Mientras tanto, los colonos se encontraban en la situación de unos naufragos en una isla desierta, estaban rodeados de selvas inexpugnables y sin comunicación con el resto del país: los únicos caminos que hubieran podido tomar desde Nautla, eran las playas del Golfo, hacia el norte, hasta Tuxpan, hacia el sur, hasta Veracruz. Entonces probaron las angustias del hambre y de la inseguridad en un país que no conocían. Comían tortillas de coyol y de ojite, y se ayudaban con los productos de la caza y de la pesca.

Seguían las protestas contra el señor Guénot, quien se daba cuenta de la desesperada situación reinante en la comunidad. Veía claramente los desastrosos resultados de sus errores en haber descuidado los preparativos necesarios para la llegada de los colonos.

Sin embargo, a pesar de sus amargas preocupaciones, imponiéndose a los acontecimientos a fuerza de voluntad, se le ocurrió mandar un emisario a Francia, llevando unas cartas deslumbradoras firmadas por emigrantes y dirigidas a sus parientes y personas amigas, en cuyas cartas se pintaba la situación bajo los más atractivos colores, tierras fértiles, clima agradable, trabajo fácil, cosechas fabulosas. Esto, con el fin de atraer nuevos colonos hacia Jicaltepec.

Con el mismo objeto, confirmando lo dicho en las cartas escritas por los colonos, el señor Jules Prudent, secretario de la compañía,

formo una carta que fue firmada también por todos los asociados, y que fué dirigida al cónsul de Francia en Veracruz, para enviar una copia al Ministro de los Asuntos Extranjeros en París.

El texto de dicha carta según copia tornada en los archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros en París.

‘texto de la carta escrita por el señor Jules Prudent. secretario de La Compañía. dirigida al Cónsul de Francia en Veracruz. después de haberla firmado los colonos de Jicaltepec. La presente es en apoyo a las cartas dirigidas personalmente por los compañeros del señor Guénot a los familiares y amigos en Francia. Siendo ésta muy extensa, pues consta de seis planas, no liaremos la traducción exacta sólo publicaremos el texto de dicha carta.

“Los colonos de la Compañía Franco-Mexicana al señor Cónsul de Francia en Veracruz.

En agradecimiento a la acogida que dio a los colonos, a su llegada a Veracruz. y a la cordial protección que dispensó al señor Stéphane Guénot, nuestro Director General, nos permitimos dirigirle la presente para comunicarle nuestra llegada a Jicaltepec. nuestra opinión sobre la calidad de las tierras. os resultados que esperamos obtener después de trabajarlas algunos años.

El trayecto de Veracruz a Nautla no fué tan fácil como lo habíamos esperado. a pesar de las medidas tomadas por nuestro Director. tuvimos que luchar durante veinte días, hasta vencer todas las dificultades. sufrir una epidemia desconocí que nos arrebató varios compañeros.

“En fin, pudimos llegar a Nautla cuando el capitán del barco en que viajábamos juzgó posible la entrada a la barra del río.

El 25 de Diciembre estuvimos reunidos en Jicaltepec con los antiguos colonos franceses. y nuestros compañeros que habían desembarcado antes que nosotros las atenciones de nuestro médico aliviaron a los que llegaron enfermos. y el clima sano, asociado con el reposo. y el gusto de haber llegado, nos hicieron olvidar pronto nuestras penalidades: nos pusimos a trabajar con actividad, después de festejar debidamente las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Por lo que hemos observado. la tierra es fértil. y nos lo han confirmado los primeros colonos llegados aquí antes que nosotros

Calculando los resultados que se obtendrán, vemos claramente la necesidad de recibir pronto la ayuda de nuevos colonos quienes tendrán más ventajas que nosotros: y por eso todos escribimos a nuestros familiares y amigos, para que se animen a venir con nosotros, estando seguros que estarán mejor, y progresarán más que en Francia.

Estamos establecidos aproximadamente a cuatro leguas de Nautla, a la orilla del hermoso río que nos da abundante y excelente pescado. Su profundidad permite el servicio de barcos de cabotaje hasta donde nos hemos establecido, y aún más arriba. El señor Guénot nos ofreció establecer pronto dicho servicio, y seguramente no tardaremos mucho en disfrutar de ese beneficio, pues nuestro Director cumple todo lo que ofrece.

Sobre la ribera opuesta, y río arriba, se encuentran dos magníficas siembras en explotación; una de plátano y la otra de caña de azúcar. Del mismo lado, tenemos establecido un criadero de ganado. Río abajo, se encuentran nuestras tierras de cultivos, en las que tenemos un jardín de legumbres en el centro del cual se instalará una bomba para regarlo.

Así es nuestra situación actual en Jicaltepec, situación de bonanza, que debemos al trabajo de los colonos, a la buena administración y al buen ejemplo dado por nuestro Director. Nuestra situación es muy diferente a la de los desdichados colonos franceses que vinieron hace algunos años a establecerse en Coatzacoalcos. con proyectos iguales a los nuestros, pero que fracasaron lamentablemente por falta de un buen Director con experiencia.

Era imposible que tuvieran éxito, desconociendo por completo el país que pisaban por primera vez; no teniendo idea alguna de los cultivos de la región; sin un jefe conocedor para guiarlos. Para nosotros es muy diferente, pues nuestro Director estudió muy bien todo lo relativo a la empresa, antes de llamar hacia él todas las personas deseosas de ayudarlo a realizarla.

Fuimos los primeros en acudir a su llamado; esperamos que otros compatriotas nos sigan.

Los colonos, todos reunidos, le rogamos, señor Cónsul, de seguir ayudándonos con vuestra protección, por lo que quedamos vuestros humildes y respetuosos compatriotas.

Firmas.

Jicaltepec, a primero de Febrero de 1834.

J. Prudent. Secretario. Romary. Pauffert. Fairie. Morlot. J. Guénot, médico de la Cía. Demoulin.

Guerdoux. Gérard. Remadot. Potey. Gradelet. Lavagnet. J. Hutinet. Frenetz. Doignon. Barbier.

Jean B. Niot. Meury. Féfre Jean Pierre. J. Veron. N. Pernot. Marchand. Denis Grapin. Veron.

Ledreux. Dupieu. Rouget. Moreau. Reigner.

Entusiasmados por las mentiras enviadas por Guénot, ciento veinticuatro nuevos colonos se animaron a emprender el viaje hacia el

dorado que se les prometía. Se embarcaron en el puerto de Le Havre El 5 de Abril de 1835, y después de cuarenta y ocho días de una feliz travesía, echaron el ancla delante de la barra de Nautla. Pero como no tenían ningún permiso de Migración, se les prohibió desembarcar y el barco tuvo que zarpar para Tuxpan. Tampoco tuvieron el permiso en ese puerto, por lo que se dirigieron a Veracruz. Allí después de largos días de ruegos y súplicas, pudieron pisar esa tierra en la que anhelaba vivir, y en la que descansa para siempre un gran número de ellos. En fin, después de muchas penalidades, unas semanas más tarde pudieron llegar a Jicaltepec, a dónde se reunieron con los primeros emigrantes.

El momento era de lo más crítico para la colonia; luchando contra los colonos totalmente desesperados, el señor Guénot se negaba a renunciar a su puesto de Director, so pretexto de que no se encontraba mercado para vender quinientas fanegas de maíz que la comunidad tenía en la bodega, y que ese grano tenía que atraer irremisiblemente la plaga del “gorgojo”, insecto de la tierra caliente que acaba con el maíz, y también con la madera de las casas en donde se almacena, tuvo la insensatez de mandar a quemar toda la existencia. Unos días después, hizo lo mismo con los campos de caña. Tal vez tenía razón el director de la colonia al tomar esa decisión; quemar el maíz que no se podía utilizar, lo mismo que la caña que se perdería en los campos sin poder aprovecharla, pero los demás socios no lo comprendieron y se amotinaron contra él. Entonces tuvo que huir ante el furor de sus administrados que volvían a sentir los efectos del hambre por la falta de maíz.

En 1831 Stéphane llegó a México con la idea de fundar una colonia agrícola; se naturalizó mexicano. y en la región de Jicaltepec compró una extensión de tierras para establecer la colonia; después fue a Francia, en su provincia natal, la Borgoña, a donde reunió los campesinos que vinieron con él a Jicaltepec a formar la colonia. Debemos agradecer la buena intención de personas que pensaron en recordar esa obra gigantesca llevada a cabo durante argos años por hombres valerosos. Y siempre por sus propios esfuerzos.

En la revista “Genio Latino”, por los años de 1939 a 1935, el señor Nanru Leone Castelli publico interesante artículo besándose en unos datos que dicho señor trajo de Francia. y unos informes obtenidos en San Rafael,

Unos años más tarde, en 1947, el señor Dr. Jean Camp hizo una brillante disertación sobre la colonia San Rafael Jicaltepec. en la Academia Nacional de Historia y Geografía. después de haber hecho un estudio minucioso de memorias y documentos.

Su hijo, el señor André Camp publicó también un breve artículo muy interesante sobre San Rafael, en la revista francesa “Le Monde Illustré” (núm. 4466 (ID 5 de Junio de 1948), Conocida la historia de las primeras familias francesas que llegaron a Jicaltepec traídas por el señor Stephane Guénot, con el propósito de fundar allí una comunidad agrícola, cuyos conocimientos he adquirido por los relatos que me hicieron mis abuelos, y algunos viejos colonos, y también por los relatos que obtuve con el estudio minucioso de documentos auténticos, y de las numerosas relaciones llevadas a cabo por personas conocedoras, honradas y sensatas, cuyo único interés fue recordar la obra creadora de aquellos hombres valientes y emprendedores, que dejaron en Francia sus hogares, sus tierras, y la herencia de sus antepasados, para lanzarse aventuradamente en una empresa difícil, en un país desconocido, en una región salvaje, bajo el rigor de un clima tropical. Señalar las malas interpretaciones, los grandes errores, las críticas injustas contenidas en algunos artículos publicados por ciertas revistas, debo hacerlo para orientar a mis hijos, a mis descendientes, y a toda persona que se interese por conocer la verdad acerca de los grandes méritos de aquellos hombres que llevaron a cabo una empresa tan importante, sacrificando su tranquilidad y sus intereses.

Es necesario señalar la injusticia del articulista de la revista “Mañana” que tiene el atrevimiento de tratar de loco al señor Guénot. (núm. 296, 19 de Febrero de 1949). Desde luego se puede observar que escribe sin ningún dato histórico, y sin ninguna reflexión, pues por lo que se lee en su artículo, cree dicho señor, que Guénot fundó Jicaltepec, lo que es un error enorme, ya que ese poblado es antiquísimo, tan antiguo como Nautla que existía cuando la llegada a México de Hernán Cortés. Tampoco fundó San Rafael, ya que San Rafael fue fundado en 1874, mucho tiempo después que Guénot abandonó Jicaltepec. Podemos observar que el articulista en cuestión desconoce completamente cómo inició su empresa el señor Guénot, cuando dice que llegó a México pensando ser un conquistador, cuando en realidad su único anhelo era instalar en México una colonia agrícola con colonos franceses. Si fracasó económicamente en su obra, fue por lo difícil de la empresa, en una época en que esa zona se encontraba despoblada, casi aislada del resto del país; pero nadie debe pensar que ese hombre, de grandes ideas colonizadoras, fue un loco. Por lo escrito en dicha revista se deduce que el autor del artículo leyó antes alguna relación de cómo se fundó la colonia, pero interpretó dicha relación con un sentido diferente, erróneo.

No fue cuando estuvo frente a las playas de Nautla que pensó ir con sus compañeros hasta Jicaltepec. Cuando el señor Guénot firmó

en Dijon el acta de sociedad con los compañeros de La Borgoña, ya poseía una extensión de tierras que había comprado cerca de Jicaltepec, para establecer la colonia agrícola en ése lugar. Así es que desde que salió de Francia con sus compañeros. venían todos directamente a dicha región. Según las memorias que dejaron los viejos colonizadores, necesitaron un mes para transportarse con sus familias y sus equipajes de Nautla a Jicaltepec. utilizando el único bote que existía entonces en el Puerto; bote hecho con el tronco de un árbol, como se utilizaron hasta muchos años después. Se comprende que el señor Jordán al leer ése pasaje, entendió que pusieron un mes para ir de Veracruz a Jicaltepec lo que es completamente contrario a la realidad; es falso también que Jicaltepec haya tenido m sólo habitante. Se deduce que en la misma relación leyó el nombre de un francés que efectivamente era vecino del pueblo, Hyacinthe Dupieu. pero de ninguna manera era el único habitante.

Jicaltepec no era entonces una ciudad importante, pero ara un pueblo compuesto de numerosas chozas construidas con madera y palmas en donde vivían familias mexicanas. El articulista escribe con una imaginación exagerada cuando explica los motivos por los cuales Guénot mandó a quemar el maíz almacenado, y la caña de azúcar en los campos; demuestra que ignora que en la región de la tierra caliente se pica o apolilla, también ignora que en el cultivo de la caña, conviene prenderle fuego al campo cuando es imposible utilizar la producción; de ésta manera, se efectúan las limpieas más fácilmente y se rehace nuevamente con más fuerza el plantío de la caña. Seguramente lo hizo así el señor Guénot por conveniencia. en interés de la comunidad. Conservando más tiempo el maíz en las trojes. el gorgojo y la broca hubieran acabado pronto con las mazorcas y también con las casas que habían construido con madera y palmas.

Pero no todos los colonos estuvieron conformes con tal medida la mayoría estuvieron disgustados con las disposiciones de su jefe. Fue entonces cuando el señor Guénot desmoralizado y arruinado abandonó la colonia. Personalmente había fracasado en su empresa, pero sus ideas y sus esfuerzos no fueron estériles.

Los colonos de Jicaltepec hicieron de unos montes vírgenes y abandonados. Una región agrícola de las más prósperas de las costas del Golfo. Cultivaron con arte el café y la vainilla:

trajeron de Paris el método de la fecundación artificial de la flor de la vainilla. Durante muchos años, el café y la vainilla de Jicaltepec y de San Rafael fueron cotizados y apreciados en los mercados de Francia. También debo mencionar lo escrito en la revista "HOY" (Núm. 802 fecha 5 de Julio de 1952).— Debemos hacer justicia a la memoria de aquellos hombres valerosos que se lanzaron hacia un país

desconocido con la única ilusión, y el único interés de fundar allí una colonia agrícola al estilo europeo. El señor Stéphane Guénot iniciador de la empresa no fue un pirata. fue un hombre probo inteligente y culto; tuvo la honra de ser un oficial distinguido del ejército Francés. Nunca pretendió conquistar a México como lo dice el articulista. Sus compañeros no vinieron a México con la esperanza de amasar incommensurables fortunas. Yo conocí algunos de los viejos colonizadores. Tuve oportunidad de oír de sus labios los relatos de su vida. y pude darme cuenta de sus ideas y he aprendido lo que anhelaban éstos hombres fuertes, trabajadores y honrados cuando llegaron a las tierras veracruzanas. Deseaban vivir en paz con el fruto de su trabajo; establecer su hogar en la patria adoptiva, y pasar una vida tranquila con su familia. Esta fue la única ambición, y nunca tuvieron motivo para avergonzarse. aunque en muchas ocasiones tuvieron que sufrir las adversidades de los tiempos, teniendo la satisfacción de salir siempre avante, después de resistir con serenidad a los impactos de los funestos golpes del destino, siempre con el propio esfuerzo, pues nunca recibieron ninguna ayuda.

Podemos observar que el escritor del artículo ya mencionado, leyó el episodio de la orden que recibieron los colonizadores de las autoridades mexicanas, de abandonar la República en virtud de la guerra con Francia en 1838, y del acto generoso del General Santa Ana. Pero no entendió el sentido de la relación, o quizá, quiso darle otro aspecto al asunto.

También el señor Luís León de la Barra, escribió un interesante artículo en la revista "Jueves de Excelsior", el 6 de Agosto de 1953 refiriéndose acertadamente a la colonia de San Rafael, publicando a la vez unas fotografías del lugar; siempre nos causa placer que personas cultas e inteligentes se interesen por el lugar donde han luchado nuestros antepasados para formar unas granjas bien cultivadas que produjeron en abundancia café, vainilla, cacao y otros productos tropicales, se esforzaron para mejorar las semillas, así como para introducir allí finas razas de ganado.

Pero nos causa pena que muchas veces, dichas personas, al escribir alguna relación, o algún artículo, refiriéndose a la formación de la colonia, están mal documentadas, o están mal informadas por individuos que desconocen completamente la historia de la fundación de dicho lugar.

Me parece importante hacer mención de lo que leí en el interesante libro del historiador señor Antonio García Cubas, "El libro de mis recuerdos" Asuntos históricos, 4/a. Edición. También habla de la historia de la fundación de la colonia francesa de Jicaltepec y San Rafael. En dicho libro se dice, que en el año de 1832, el señor Guénot

compró en Jicaltepec, al señor Gregorio Montoya. por la suma de \$850.00 una extensión de terreno situado en la orilla derecha del río de Nautla el historiador d.C. otros datos interesantes y exactos sobre el particular.

En 1957. la revista "Mañana, publicó un nuevo artículo escrito por el señor Luís Suárez, quien acertadamente tomó datos de la historia publicada en "El Libro de mis recuerdos" de Antonio García Cubas ("Mañana" Núm. 207-16 de marzo de 1957).

realmente debernos de lamentar lo publicado en el diario Excelsior, fecha 6 de marzo de 1964, Núm. 7194. El periódico de mayor circulación en México, que aparece con unas declaraciones de un francés Laiglé que desconoce la historia de las colonias de Jicaltepec y San Rafael. ya que cuenta una historia de unos soldados franceses de la intervención que se quedaron en Jicaltepec. y a los que se les entregó unas tierras. lo que es completamente falso.

La desaparición del director de la colonia, libraba a los emigrantes de una tiranía que difícilmente podían soportar. Organizaron entonces su ida colectiva. Todos unidos, desempeñaron tareas que sólo pueden efectuar hombres robustos y valerosos, ansiosos de vencer a costa de los más grandes sacrificios. Llegando a extremo de engancharse alternativamente al tire del molino de caña. vieron al fin una época de ligera bonanza.

Habían obtenido abundantes cosechas de maíz, lo que alejaba el temor del hambre. y al fin del año de 1836 habían podido fabricar la primera pipa de aguardiente de caña.

A pesar de tantos sufrimientos, de tantas fatigas, de tantas decepciones. los colonos experimentaron una inmensa alegría al reunirse por primera vez el primero de Enero de 1837, para celebrar la fiesta del Año Nuevo.

Sin duda. la situación había cambiado un poco en la comunidad. La organización había mejorado notablemente, y todos los asociados cumpliendo fielmente con su deber, trabajaban sin descanso para la prosperidad de la colonia.

Sin embargo. la miseria reinaba allí, las enfermedades aparecían frecuentemente entre las familias; el clima cálido y húmedo de las costas del Golfo era tan enormemente diferente al clima templado de las campiñas del Este de Francia. en donde habían nacido éstos valerosos colonizadores; una gran variedad de insectos molestaban continuamente a los pobladores de la región; densas nubes de mosquitos infestaban el aire: los colonos no conocían el idioma no entendían el español, menos el mexicano ó el totonaca.

En su país de origen cultivaban la vid, trabajo muy diferente al desmonte de esas tierras vírgenes de la costa veracruzana, derribando

con el hacha árboles seculares que medían varios metros de circunferencia: muy diferente también al deshierbe con machete y azadón de esas tierras tropicales donde sembraban maíz, frijol y tabaco.

Se encontraban en una zona casi despoblada é incomunicada, por lo que era casi imposible sacar algún provecho de las cosechas; en aquella época era muy pobre la región; los pobladores muy escasos, no existía ningún camino. Algunos colonos emprendieron el regreso rumbo a Francia; los demás, viendo que el trabajo en común no daba resultado apreciable, decidieron obrar por cuenta propia, y cada familia formó su rancho aislado.

Así es que aquellos franceses volvieron al antiguo individualismo tradicional en su raza, para salir adelante. También se sentían con más libertad, cultivando cada quien su parcela, en la que construían una pequeña casa rústica, muy humilde, con techo de palma, y cercada con bambúes ó chamalotes.

Sin embargo, durante mucho tiempo, éstos hombres de campo, trabajadores y serviciales, conservaron la costumbre de ayudarse mutuamente en los trabajos agrícolas, prestándose también, útiles y herramientas.

En aquellos tiempos la vainilla crecía en los bosques en la región de Jicaltepec. Desde la llegada de los colonos les interesó esa valiosa planta; sabían que en Europa la vainilla era un producto muy apreciado, bien que en Jicaltepec los bejucos de vainilla producían muy escasos frutos, pues en esa época no se conocía la fecundación artificial de las flores. Poco a poco ése nuevo cultivo tomó su parte en las actividades agrícolas y comerciales de la nueva colonia, y en ciertos momentos resultó de una gran ayuda para liberarla de la ruina.

Desde la llegada de los primeros colonos a Jicaltepec, es decir desde el año 1833, el país atravesaba un período de continuos trastornos políticos. Tuvo la guerra de Texas en 1835. En 1838 había estallado la guerra con Francia. Entonces el Gobierno Mexicano envió una orden a los colonos de Jicaltepec, de evacuar el territorio lo más pronto posible. Naturalmente ésa orden causó un desconcierto indescriptible: significaba la ruina total y la desaparición de la joven colonia. Pero la guerra había estallado. y era imprescindible obedecer.

Todos los hombres válidos que comprendían poder efectuar el viaje hasta Veracruz, emprendieron el camino a pié, por la playa. a la orilla del mar. Los enfermos, los ancianos, las mujeres y los niños quedaron al amparo de familias amigas mexicanas. Después de muchos días de penosa marcha, la caravana de desterrados llegó a “Manga de Clavo”, residencia del general Santa Ana, Presidente de la República Mexicana, y Comandante Supremo del Ejército.

El general Santa Ana acababa de sufrir la amputación de una pierna destrozada por un obús francés. Así que era un momento inoportuno para la llegada de los colonos franceses. Sin embargo, cuando el General vio el estado lamentable de esos campesinos, completamente ajenos a la política, a la ambición, y a las injusticias de los gobernantes, se compadeció de ellos, y les dio toda clase de facilidades para que volviesen a sus humildes hogares. a cultivar sus pobres ranchos que habían dejado con tanta tristeza. Por medio de un salvo conducto, ordenó a las autoridades de Misantla y de Nautla tratarlos con humanidad y darles garantías para que siguieran en Jicaltepec.

Esos rasgos de generosidad, de justicia y caballerosidad fueron recordados siempre con admiración y gratitud por los viejos colonos de Jicaltepec.

En esta ocasión los apreciaban doblemente, por encontrarse en una situación tan difícil, tan desesperada. No podían cultivar las tierras que había comprado el Director de la comunidad, por encontrarse en litigio dichos terrenos; por otra parte. era entonces muy difícil conseguir algunas parcelas a donde pudiesen trabajar con seguridad y tranquilidad. Naturalmente la guerra traería sin dudas más complicaciones en todos los asuntos relacionados con la situación reinante en la colonia.

Después de un siglo, todavía existen algunos documentos auténticos, por lo que se pueden obtener datos sobre el origen de la colonia los cuales fueron conservados por las familias Chatrenet, Bernot y otras de Jicaltepec. Las familias Chatrenet y Bernot no son de las que llegaron con el señor Guénot; vinieron a Jicaltepec unos años después para reunirse con los primeros colonizadores.

Por unas actas del Estado Civil, las que llevan el sello de los Reyes de Francia. documentos que fueron traídos del país de origen, y conservados con tanto cariño a través de los años, de las penalidades y de las inclemencias del clima. Una da fe del matrimonio de NICOLAS CHATRENET y de MARGARITA PERNOT celebrado el 9 de julio de 1838 en Champlitte, Haute-Saone. El contrayente era hijo de JOSE CHATRENET y de JUANA LAMBERT. Nació en la misma ciudad de Champlitte el día 4 de Enero de 1817. Ella nació en ese mismo lugar, el 10 de Octubre de 1816 era hija de LUIS PERNOT y de ANNA RABIET. También con el sello Real, existe una acta que enumera los bienes que aportan cada uno de los desposados. Otra acta del Registro Civil Corresponde al nacimiento de CARLOS CHATRENET, hijo de NICOLAS CHATRENET y de MARGARITA PERNOT nació en la ciudad de Champlitte el 10 de Abril de 1839. A la edad de cinco años, en 1844, llegó a Jicaltepec con su madre que era viuda; allí se reunieron con las

demás familias francesas que habían llegado en años anteriores. Su madre volvió a casarse con Francois Doignon. Jamás regresaron a Francia.

En esa época, la colonia compuesta de unas cuarenta familias, gozaba de una tranquilidad de cierta prosperidad: se habían formado unos ranchos y unas parcelas que los colonos arrendaban cerca de Jicaltepec, en ambas riberas del río: se habían obtenido cosechas de maíz, de tabaco. se había iniciado el cultivo el comercio de la vainilla.

En el año 1843 se construyó el camino de Jicaltepec a Nautla distante de tres leguas. En 1846 se abrió el que iba a Tlapacoyan sobre una distancia de quince leguas. En vista de lo despoblado de esos lugares, en aquella época se consideraban éstos trabajos como obras de muy grande magnitud.

La región se transformaba poco a poco; Jicaltepec iba adquiriendo cierta importancia:

aumentaba su población; nuevos colonos llegaban de Francia. y cada año. algunos de los residentes en Jicaltepec iban a Francia a visitar a sus familiares y amigos. en su provincia natal. Numerosas tiendas se establecían en Jicaltepec.

En el campo, se cultivaba con esmero, maíz, frijol, tabaco, vainilla. Varias lanchitas transportaban hacia Nautla los productos del lugar, y al regreso traían las mercancías necesarias para la colonia.

La sal se había vuelto un producto de gran importancia: unos barcos llamados canoas la traían de Campeche hasta Jicaltepec. Una gran parte de la Sierra del Estado de Puebla, en la vertiente de la Mesa Central, venía a abastecerse de sal en los almacenes del pueblo y encontraba allí todos los productos de la industria europea.

FRANCISCO BERNOT nació en un pueblito del departamento de Haute Saone, Francia, llamado Leffond. el día 28 de marzo de 1841. Sus padres, agricultores, dedicados al cultivo de la vid fueron el señor **JUAN BERNOT** y la señora **JEANNE PIERRE MARCEL**. Desde muy tierna edad enviaron al niño a la escuela de su pueblo natal.

Desde los primeros días. su profesor observó que era dotado de una inteligencia poco común : recomendó a sus padres que se empeñaran en darle una buena instrucción. A los 17 años de edad. después de haber interrumpido sus estudios más de una vez para ayudar a sus padres, que eran pobres Campesinos. en las faenas agrícolas: el joven Francisco poseía más conocimientos que la mayor parte de los 105 habitantes del lugar. En muchas ocasiones, se había entusiasmado con la lectura de las :historias de los colonizadores del Nuevo-Mundo. Conociendo la existencia de una colonia agrícola francesa en Jicaltepec, la que había sido formada casualmente por unos campesinos de la misma provincia de la Cote-d'Or. pudo convencer a

sus padres. en el año de 1858 llegaron a Veracruz. después de una travesía llena de dificultades que duró noventa días.

En fin, unas semanas después. pudieron alcanzar el término de su largo viaje, reuniéndose a los demás colonos en Jicaltepec.

Allí conocieron y cultivaron amistad con una de las principales familias; la familia CAPITAINE, originaria del pueblo de Neuvelle, en la misma provincia, y vecino del de Leffond.

El señor Nicolás Capitaine y su esposa, la señora Ana Bazinet habían llegado a México unos años antes. Con la familia Capitaine también había llegado una muchacha joven, valerosa, llamada Eugenia. hermana de la señora Capitaine.

Eugenia Bazinet nació en el pueblo de Neuvelle, Haute-Saone, el 10 de Enero de 1844 Cuando dejó su pueblo natal, para venir a México Con su hermana, su padre, el señor JEAN BAZINET había muerto su madre la señora REINE FRIONET se quedó en Francia.

Carlos Chatrenet hizo su primera comunión el 18 de Junio de 1855 en la iglesia de Jicaltepec, según el certificado que extendió el señor cura de Misantla, Don Lorenzo Chandron, y que textualmente dice

PRECIOSO ACUERDO: “Don Lorenzo Chandron, cura propio de Misantla y Anexas, certifica; que Carlos Chatrenet ha hecho su primera comunión en la capilla de Jicaltepec el día 18 de Junio de 1855. Un sello que dice: L. Chandron.”

La niña Luisa Milot nació en Jicaltepec el día 6 de Noviembre de 1846. También hizo su primera comunión en la misma iglesia el 10. de Noviembre de 1860. El señor cura Benureau extendió el certificado en francés, cuya traducción es como sigue: “El suscrito, cura de Jicaltepec. certifico que Luisa Millot, hizo su primera comunión en la iglesia de Jicaltepec, el 10. de Noviembre de 1860. Firmado, Benureau cura de Jicaltepec.

Por esos documentos, se comprende que Jicaltepec tenía su iglesia en la que oficiaban curas franceses. Se había progresado mucho desde la llegada de los primeros colonos en 1833. Franceses y Mexicanos estaban satisfechos del bienestar que disfrutaban en Jicaltepec, y las relaciones entre ambos eran profundamente cordiales.

La agricultura había aumentado su producción en abundancia; el comercio se había desarrollado con importancia. La Vainilla se beneficiaba en Jicaltepec, en pequeña cantidad, con métodos muy primitivos y muy deficientes; también la clasificación y el empaque eran rudimentarios y defectuosos; la calidad del producto era mala, y la vainilla llegaba a Francia en mal estado. Sin embargo, los colonos

preparaban cada año unos pequeños lotes, los empacaban, y los llevaban a algún puerto francés, donde se efectuaba la venta.

Con relación a esos envíos de Vainilla, tenemos a la vista dos cartas que se refieren a la exportación de dos lotecitos; uno pertenece al señor Francisco Pauffert, y otro al señor Etienne Grossaint. Una de dichas cartas es fechada en Veracruz el 3 de abril de 1859, de los señores Wittenez y Cía., consignatarios, para el señor Pauffert de Jicaltepec, (presente en Veracruz) en esa fecha. Otra carta de fecha 27 de mayo de 1859 es del señor Guibert de Bordeaux, acusando recibo al señor Grossaint de la remesa de las cinco cajas de vainilla, manifestando al mismo tiempo, el mal estado en que se encontraba la mercancía.

Sin embargo, los nuevos comerciantes en vainilla no se desmoralizan, y cada año preparan y exportan nuevos lotecitos de poca importancia y de mala calidad. Es el principio de la industria del beneficio de la vainilla que se perfeccionará e intensificará mucho, medio siglo más tarde. Es el origen del comercio de tan estimado producto que llegó a ser de una importancia enorme é inesperada.

Desde el año de 1853, en que la región de Jicaltepec había sido azotada por un huracán, la joven colonia agrícola no había sufrido ningún contratiempo de importancia. Pero el tiempo de nuevas calamidades había llegado; catástrofes imprevisibles iban a llevar la ruina en la región.

En Septiembre de 1861 una terrible creciente del río causó enormes daños en esos lugares; en Jicaltepec todo desapareció bajo las aguas, y las olas enfurecidas del torrente, arrastraron ganado, mercancías, plantíos, hasta algunos hombres enloquecidos por el terror. Las pérdidas fueron 'cuantiosas.

El año siguiente, en 1862, se declaró el temible vómito negro, que hizo más de trescientas víctimas. la población estaba horrorizada. No había médico para atender a los enfermos; las medicinas eran escasas.

Nadie se preocupaba por reponer los plantíos destruidos por la inundación. La pobreza se acentuaba más cada día.

Carlos Chatrenet vivía en Jicaltepec con sus familiares; su madre, su padrastro el señor Floignon, y los hijos del nuevo matrimonio Luís y Margarita. El joven Chatrenet era robusto, fuerte, y muy emprendedor. Sólo cumplía veinte años en 1859, cuando tuvo la idea de ir a desmontar unos terrenos situados en las faldas de los cerros "Dos Hermanos", distantes varias leguas de Jicaltepec. Para trasladarse allí, casi no había caminos, sólo unas veredas poco marcadas entre los bosques vírgenes. Le habían dicho al joven trabajador, que a la proximidad de las montañas. producta más la

vainilla; por ese motivo pensó ir a sembrar unos vainillales en aquellos montes.

Todas las semanas salía de Jicaltepec el lunes muy temprano y regresaba el sábado n la tarde, después de trabajar con ardor tos demás días, quedándose solo en el monte, casi a la intemperie; para abrigarse formaba una choza con ramas y hojas debajo de los frondosos árboles.

En las nuevas plantaciones, los bejucos de la vainilla crecían con mucha exhuberancia. pero como no se conocía todavía la fecundación artificial de las flores. la producción era casi nula: cosa que ocasionó el fracaso de la pequeña empresa.

El litigio por las tierras de Jicaltepec seguía su curso: unas veces se agudizaba más. los colonos no podían cultivarlas, y a duras penas encontraban unas parcelas para arrendarlas y cultivarlas, formando así unos pequeños ranchos aislados.

También seguía mala la situación política de la República. y sobrevino la intervención francesa. cuyos funestos efectos se dejaron sentir en todo el país. Para los franceses de la colonia fué un suceso muy penoso que ellos reprobaron siempre.